

repetido muchas veces frases de entusiasmo a manera de un himno de alabanza en favor de Cariarí. Los cronistas no escribieron las palabras de aquel himno, pero fácilmente las percibe el pensamiento.

¡Salud, oh, Cariarí! ¡Salud, oh, costa deleitable! que de entre las aguas de mares desconocidos surgís a los ojos de los hombres, bañada de hermosura incomparable, refrescada por las brisas, fecundada por los trópicos, ataviada de radas y de puertos apacibles, cubierta de espléndido follaje, guarnecida de una franja de palmeras y ceñida de altísimas montañas, por encima de las cuales aparece majestuosa la cumbre enrojecida del Turrialba.

¡Salud, oh, costa exuberante! que así dais pródigamente para regalo de los hombres junto al rico manatí el transparente carey, junto a las parleras guacamayas las gaviotas silenciosas, junto a la vainilla perfumada el aromático cacao y al lado de la zarzaparrilla que se tiende hasta tocar el suelo, la ceiba majestuosa que se yergue hasta tocar las nubes.

¡Salud, oh, costa singular! que así dais por testimonio de los ricos minerales que atesoran vuestras selvas, los límpidos espejos de oro bajo que llevan los indígenas prendidos a su cuello.

¡Salud, oh, costa prodigiosa! ¡Salud, oh, Costa Rica!

Los compañeros de Colón, complacidos de su estada en Cariarí, repitieron y fijaron en su mente las últimas palabras de aquel himno:

¡Salud, oh, Costa Rica!

Las cuatro embarcaciones se hicieron a la vela, cruzaron nuevamente las ondas del Océano y las tripulaciones dijeron por el mundo que allá, en las partes de Occidente, había una tierra fecunda, llamada... la Costa Rica.

En 1510 consiguió Diego de Nicuesa la gobernación de Castilla del Oro, en cuya jurisdicción caían los territorios de Veragua y Costa Rica, pero entonces llevaban ambas regiones oficialmente un solo nombre: el de Veragua. Pocos años después prevaleció la denominación de Costa Rica para designar la parte de Veragua que hoy forma el territorio de nuestro país. Son del año 1539 los documentos oficiales más antiguos que consignan el nombre de Costa Rica.

En aquellos años los conquistadores buscaban ante todo, el oro; así es que el nombre de esta región no podía ser más llamativo ni más adecuado a la realización de la conquista. En los relatos de las infructuosas expediciones de Nicuesa en 1510, de Hernán Sánchez de Badajoz en 1540 y de Diego de Gutiérrez en 1543, efectuadas por el lado del Atlántico, se consignan las noticias que corrían acerca de la riqueza mineral de esta región y también las dificultades con que la naturaleza impedía la exploración y conquista de este país.

El desastroso fin que tuvieron esas tres expediciones retardó durante varios años el definitivo asiento de los españoles en nuestro territorio, pues no fué sino en 1564,

cuando, por la fundación de Cartago, pudo decirse que la provincia de Costa Rica había caído bajo el dominio español.

La expedición de Juan Vázquez de Coronado hacia la parte llamada hoy de Talamanca, y sobre todo, el descubrimiento que entonces hizo allí de unos ricos lavaderos en la Estrella, debe haber atraído hacia esta tierra a muchos de los españoles que a la sazón corrían en las provincias vecinas las aventuras de la conquista.

Uno de ellos fué Domingo Jiménez, un soldado leguleyo que había nacido en Castilla en el año de 1536.

Vino a Costa Rica de treinta años de edad, dos años después de la fundación de Cartago, cuando apenas se comenzaba a explorar y conquistar el territorio. Es decir, llegó durante la gobernación interina de Venegas de los Ríos, precisamente cuando por razón del naufragio de Juan Vázquez lloraba esta colonia su orfandad y su abandono y tambaleaba en sus débiles cimientos combatida por mil contrariedades.

En efecto, si el Gobernador Perafán, que vino poco tiempo después, hubiera demorado algo más su viaje a Costa Rica, no habría podido encontrar en las riberas del río Taras otras huellas españolas que los escombros dispersos de Cartago, porque los indios estaban rebelados, la ciudad velaba noche y día y los nueve soldados españoles que quedaban por todo vecindario, refugiados en la iglesia con su jefe Pedro Venegas de los Ríos.

El nombre de Perafán se recordó en Costa Rica por muchos años durante el coloniaje, no por haber salvado a la ciudad del riesgo inminentísimo, pues los pueblos siempre olvidan presto los favores que reciben, sino por la institución de las encomiendas, adoptada aquí durante su gobierno.

Las circunstancias especiales de aquel momento histórico y las ideas entonces dominantes en Europa, se impusieron de tal suerte en la naciente colonia, que a Perafán le fué imposible evitar el que aquí cayesen los indios, como habían caído en todas partes, abrumados bajo el peso del derecho de conquista.

Los conquistadores españoles no habían surcado los mares ni peregrinado en tierras nuevas por sentimientos de piedad, sino de lucro, y por eso, los que fundaron a Cartago pidieron y consiguieron la encomienda de los indios.

Entre la gente que trajo Perafán de Nicaragua, se contaban muchos soldados de Cavallón y de Juan Vázquez; así es que en la ciudad residían entonces nuevos y viejos conquistadores. Los viejos por los servicios pasados y los nuevos por los servicios futuros, todos unánimes pedían el repartimiento de los indios, y aun amenazaban al viejo Perafán con salirse de la tierra si no daba ese premio a sus servicios.

El Gobernador vacilaba en acceder a la demanda porque las instrucciones reales que tenía no lo facultaban para tanto, pero instigado por los ruegos del Cabildo, compelido por los gritos de la chusma y forzado

por el sordo rumor de rebelión que asomaba en sus soldados, se decidió por fin a repartir las encomiendas.

¡Ah! el 10 de enero de 1569 es un día negro en los anales de la historia patria; en él acabaron de perder su libertad los aborígenes; en él se autorizó la disfrazada esclavitud de los vencidos; en él quedaron sometidos a perpetua servidumbre, como siervos de la tierra, aquellos mismos que habían sido los dueños y señores de esta tierra, que así son de pavorosas y de injustas las crudas decisiones de la guerra.

Más si para el cumplimiento de los altos fines del progreso humano ha de ser preciso que vayan sucumbiendo en todo el orbe de la tierra los más débiles en beneficio de los fuertes; si ha de ser preciso el predominio de las razas superiores y la extinción de las caducas, debemos tener por día eternamente memorable aquel 10 de enero de 1569 que afianzó en Costa Rica, con la esclavitud de los güetares, la perpetuidad de los caucásicos, pues que éstos por su mayor vigor de espíritu y de cuerpo son más aptos y más susceptibles de progreso.

Domingo Jiménez, por ser entonces escribano del Cabildo de Cartago, tomó parte muy activa en los graves sucesos de aquel día, y en consecuencia, le fueron adjudicados en premio de sus servicios los pueblos de Abicetaba y Xufragua con sus barrios y estancias, caciques y principales y además unos cien indios en el remoto pueblo de Cia.

Alentado con la munificencia del Gobernador, hizo Jiménez como caudillo varias entradas a los pueblos de indios comarcanos y de guerra, pero en donde prestó sus mejores servicios fué en la jornada de dos años que hizo el Gobernador Perafán a Tierra Adentro.

A Perafán de Ribera le habían dado la gobernación de Costa Rica para que se repusiera de los quebrantos de fortuna que había sufrido en Honduras. Por consiguiente, tan luego como llegó a Cartago enderezó sus pasos hacia la famosa mina de la Estrella.

Las grandes penalidades consiguientes a tan memorable expedición, pusieron a prueba el temple de todos aquellos soldados aguerridos, entre los cuales era Domingo Jiménez distinguido favorablemente por su Jefe, el viejo Perafán.

En esa ocasión, cuando estaban los conquistadores en lance apuradísimo, detenidos en el campamento de Arariba, valle del Duy, no tanto por la cautelosa resistencia de los indios, cuanto por las enfermedades y carencia absoluta de indispensables provisiones, rodeados de impenetrables bosques, de desconocidas y ásperas montañas y alejados de los pocos auxilios que pudiera ofrecerles la ciudad incipiente de Cartago; en tales circunstancias hubo algunos pocos españoles, que habiendo perdido la esperanza de dar con las minas de la Estrella y acobardados por los recios trabajos que pasaban, pensaron en la fuga y tramaron un motín. Vicente Castillo se llamaba el jefe principal de aquella trama.